

La Lectura Popular



LA DICHOSA NARIZ

(Reproducido con ilustraciones)

Allá por los tiempos de Mari-Castaña vivía en cierta nación un rey tan desgraciado, que desde que su madre lo parió no había conseguido gozar de una hora de salud.

En tanto le dolía el *hipogastrio* (vulgo la barriga); en tanto le atormentaba la *odontalgia* (vulgo dolor de muelas); en tanto se lo comían los *vermes* (vulgo las lombrices). Aquello era una lástima.

Affigido como era natural, y viendo que sus dolencias se agravaban más cada día, resolvió ponerse seriamente en cura, á cuyo efecto, llamando á todos los sábios de su corte, les habló de esta manera:

—Queridísimos doctores y hermanos míos: Mucho tiempo há que estoy, como sabéis, hecho un pegote, lleno de pupas y goteras; vuestras drogas me empeoran en vez de aliviarme, y vuestra ciencia, llena de terminachos, solo sirve para marearme la cabeza. Es preciso, pues, que os deis á discurrir con el mayor interés, buscándome un nuevo y definitivo remedio, á cuyo efecto, y para estimularos convenientemente, os notifico, que si el que me propongais no me cura, os mandaré ahorcar á todos inmediatamente, procurando que en la ejecución haya el mayor orden posible para evitar confusiones.

Calcúlese la impresión que tan fausta noticia haría en el ánimo de aquellos benditos doctores. Un frío mortal les paralizó la lengua, que era donde, digámoslo así, tenían la muerte, y ninguno se atrevía á decir: esta boca es mía.

—Vamos, mis buenos amigos,—dijo el rey en tono afectuoso para animarlos.—Id expresando vuestras ilustradas opiniones, que ya estoy impaciente por conocerlas.

Un silencio general sucedió á las palabras del monarca. Los doctores se rascaron todos la oreja derecha.

—Veo,—dijo el rey.—que esta vez os cuesta mucho recetar, y lo siento; porque si en breve término no lo hacéis, he resuelto que os ahorquen como si hubiérais equivocado la receta.

Oír aquello y soltar de nuevo las lenguas, fué obra de un instante.

—Sanguijuelas,—dijo el primero sin saber lo que decía.

—Sinapismos,—balbuceó el segundo dando diente con diente.

—Vejigatorios,—suspiró el tercero quitándose la corbata, en el supuesto de que no habían de tardar dos minutos en ahorcarlo.

—¡Eh, señores!—dijo el cuarto, que era más listo que Cardona.—Ustedes no saben lo que se dicen; S. M. tiene una enfermedad rarísima, una verdadera *tirripachitis* aguda, y esa extraña dolencia sólo puede curarse con un remedio tan extraño como ella.

—¿Cual es?—dijo el rey abriendo unos ojos como medias naranjas.



—Muy sencillo, señor; la nariz de un hombre dichoso cortada en vivo y administrada á Vuestra Majestad en salsa verde.

Su Majestad sonrió de satisfacción.

—¡Hola!—gritó inmediatamente con voz de trueno.—Aquí todos mis servidores.

Un enjambre de vagos se precipitó en la real estancia.

—A ver como le cortan en el acto la nariz al primer hombre dichoso que encuentren por la calle, y la entregan sin pérdida de momento á mi primer cocinero. ¡Vivo! ya estais de vuelta, y cuidado con regresar de vacío, porque ya sabéis que tengo malas pulgas.

Al efecto, las pulgas de S. M. eran tan

peligrosas, que al que le picaban una vez no volvía á sentirlas ya por toda la eternidad.

Los servidores se lanzaron por las escaleras con tanta priesa, que los talones les daban en las alas de los sombreros.

Momentos después ningún hombre de narices podía andar por la corte sin verse asediado y en peligro de perderlas.

Provistos de salvoconductos y reales despachos, los regios emisarios se introducían por todas partes en busca de un hombre feliz y dichoso á quien dejar chato para toda su vida.

Como era natural, empezaron por los grandes palacios.

En el primero que entraron fué en el de un duque, el cual, cargado de riquísimas condecoraciones, se disponía en aquel momento á dar un gran baile en sus elegantísimos salones. La duquesa, radiante de hermosura y en manos de sus doncellas, recibía los últimos toques de su *espiritual toilette* para sorprender con ella al mundo *fashionable*. Mil criados empacados en sus correspondientes casacaones corrían de un lado para otro cargados de flores y de mil bellísimos objetos que no servían absolutamente de nada.

La animación reinaba por todas partes.

—¡Sois feliz, duque!—exclamaron los emisarios casi dándolo ya por seguro, y disponiéndose por lo bajo para hacerle la operación.

Un terrible puntapié, aplicado al primero que dirigió la pregunta, demostró á todos *palpablemente* que se habían equivocado. Su Excelencia estaba de un humor de todos los demonios. Acababa de tener una bronca con su nerviosa consorte sobre la colocación de un jarrón chino, que la duquesa quería estuviese un palmo más allá y el duque un palmo más acá, y concluían de ponerse como chupa de domine.

Los emisarios picaron soleta, dirigiéndose con la música á otra parte. La dicha que ellos buscaban no podía andar junta con tanta vanidad y tanto humo.

—Penetremos en este nido de ángeles,—dijeron en seguida introduciéndose en un lindo hotel habitado por dos recién

casados.—Si donde hay amor y juventud no hallamos felicidad, ¿dónde iremos á buscarla?

Subieron la escalera, cubierta de alfombras, y atravesando un adornado vestíbulo, penetraron en un saloncito encantador, donde hallaron á los dos esposos. ¡Pero en que estado! Ella, llorosa y desgredada, tendida un una butaca, y él dando zancadas á lo largo del aposento con cara de pantera acabada de coger.



La demonio de los celos se había introducido en aquel matrimonio reciente para servirle de solaz.

Los emisarios se quedaron descuajados. —Chico, cierra el bisturí,—dijo el que hacia cabeza.—Amor con celos y malas pasiones jamás produjo felicidad bastante para saturar la nariz de un simple chato, cuando menos la de este bárbaro, que se conoce la tiene bien puesta.

Y salieron á la calle.

A la sazón pasaba precisamente un conocido general, que acababa de hacerse célebre por no se que barbaridad y estaba ya indicado para ministro.

—Metete mano, chico,—dijo el uno.

—Mi general exclamó el aludido con la intencion que ya se supone,—¿estareis satisfecho?

—No lo estoy; pero lo estaré ahora mismo en cuanto le rompa un hueso al director de *El Bombo Español*, que se ha atrevido á escribir un artículo poniendo en duda la página más brillante de mis glorias militares.

—¡Ta, ta, ta! dijeron los criados echando á correr. «Tontería en puerta, desdicha á la vuelta.» Pero, Dios mío ¿dónde hallaremos un hombre feliz á quien quitarle dos onzas de carne? Nada; situémonos en esta esquina, y en nombre del rey interroguemos á todo el que pase. Es la manera de acabar pronto y evitar que nos ahorquen.

El primero que pasó iba muy de prisa. Quisieron preguntarle, y en poco les arañó. Era un hombre iracundo á quien con-

cluian de robar veinte duros.

El segundo fué un jugador de lotería que venia de coger el premio gordo.

—Usted si que es dichoso,—exclamaron echándole mano.—No puede negarlo.

—Callen ustedes por Dios, que estoy para que me ahoguen con un cabello. ¿Querrán ustedes creer que por un punto no he cogido tambien el segundo premio?

Los emisarios le echaron una mirada capaz de confundirle.

Enseguida pasó un hombre muy colorado; pensaron que era de satisfaccion, pero resultó que padecía de herpes.

Después pasó un aplaudido cantante que daba el *do* de pecho; pero no era dichoso porque habia sabido que en la China habia otro que daba el *re*, y le tenía envidia.

Luego le tocó el turno á una señora rica y solterona, que vivia como pera en tabaque; pero en aquellos dias se le habia constipado el gato y estaba sumida en la mayor aficcion. Era una mujer egoista y ociosa. No podia ser feliz.

Después pasó una señorita bella y elegante rodeada de admiradores; pero iba profundamente afectada porque los guantes le hacían arrugas.

Los emisarios no sabían ya qué camino tomar. Siempre daban con alguna miseria humana, algún pecado, algún vicio que ahuyentaba la paz de los corazones. No habia una triste nariz que mereciera ser cortada.

Allí pasaron pobres que querían ser ricos; pasaron ricos que querían ser nobles; pasaron nobles que querían ser sabios; pasaron sabios que querían ser fuertes y robustos; y como los fuertes y robustos que pasaban solían ser generalmente unos patanes á quienes faltaba todo, también tenían aspiraciones; no habia, pues, medio de dar con un hombre feliz.

Los emisarios del rey echaban chispas, y no hacian más que tocarse la garganta. Afortunadamente vinieron en aquel momento á darles una gran noticia.—Tenemos lo que se busca.—les dijeron.—No se escapa: es el hombre más feliz de la tierra.

Corrieron los emisarios, y se encontraron con un matrimonio tranquilo y reposado que parecia respirar calma y sosiego por los cuatro vientos cardinales.

Él era un hombre gordo y rollizo, que se afeitaba sólo y llevaba tirantes, y ella una señora dedicada á sus devociones y á su casa, que pasaba la vida haciendo tortas y rollitos de todos los sistemas conocidos para cebar á su querido esposo, que gustaba de comer perfectamente.

—¿Tienen ustedes paz?—dijeron los

emisarios.

—Muchísima.

—¿Tienen ustedes salud?

—Muchísima.

—¿Están ustedes bien de intereses?

—Muchísimo.

Los emisarios respiraron, y echaron ojo á la nariz del marido, que la tenía gorda y colorada como un tomate.



—¿No tendrán ustedes acreedores?

—No señor.

—¿Ni chinches?

—No, señor.

—¿Ni parientes, ni sabañones, ni...?

—No, señor.

Uno de los emisarios sacó suavemente una navaja de afeitarse.

—¿Siguen ustedes pleitos? ¿Tienen algo que ver con abogados, escribamos, procuradores?

—Ni Dios lo permita.

—Pues entonces haga usted el favor, que le vamos á dar un recado,—dijo uno de los enviados, aproximándose con disimulo al marido.

En aquel momento se oyó un fuerte golpe en la calle, y llamaron precipitadamente á la puerta.

—Señorita,—gritó una muchacha desde abajo,—el loro acaba de caerse del balcon, y se lo está merendando el perro de la portera.

Oír esto y armarse allí la de San Quintín, fué todo obra de un instante. ¡Qué estrépito! ¡Qué infierno!

—¡Monstruo!—gritaba la mujer aullando como una fiera y queriendo comerse al perro para vengar al loro.

—Abotónate esos pantalones, pazguato,—le decia al marido, que se los habia aflojado para tomar chocolate,—quiero que ahora mismo tomes una resolucion.

En esto subia la portera con el pico de la victima, para consolar y tranquilizar á la señora.

—Señora, ha sido una distraccion del perrito perdónese usted.

Los emisarios tuvieron que interponerse para que allí no ocurriese una catástrofe.

La ira llegó al colmo y los pobres tuvieron que echar a correr.

—Que nos ahorquen, y en paz,—dijeron saliendo a la calle.—Mientras el corazón de los hombres ande pegado a tantas miserias, no habrá una nariz a que agarrarse. Cerremos el bisturí, y a casa.

Bajaron la cabeza, y empezaron a caminar abismados en graves reflexiones.

A pocos pasos se les unió un triste cortejo.

Dos enfermeros conducían al hospital a un pobre miserable, tendido en una camilla tapada a manera de ataúd. Del fondo de aquel cajón saltan ayes lastimeros. Mas ¿cuál no sería la sorpresa de los emisarios cuando entre los quejidos oyeron alabar a Dios de esta manera!

—Dios mío, Dios mío, bendito seas; bendita tu amorosa providencia que me envía estos dolores para mi bien. Tu sabiduría es infinita, tu bondad inmensa; cómo es posible, pues, que tu bondad y tu sabiduría envíen a los hombres penas sino fuesen para su bien? El hombre sufre torturas; pero la fé y la razón le dicen que esas torturas son como las que hace sufrir el cirujano que cauteriza llagas inveteradas. ¿Y qué llagas habrá más inveteradas que las de nuestras miserables pasiones y nuestros torpes delitos? Bendito seas, Señor, bendito seas; en medio de mis dolores comprendo tu justicia, y siento en mi corazón tu mano que me consuela, demostrándome tu amor y alentando mi esperanza. Mucho padezco, más soy feliz.

—¿Ha dicho usted feliz—exclamaron los emisarios agarrándose a la camilla como el naufrago se agarra a una tabla.

—Si señor,—contestó el enfermo.

—Pues... alto y destapar,—exclamaron sacando las herramientas.

Los enfermeros obedecieron; la camilla



fue destapada, y... horror...! el hombre dichoso no tenía narices. Un cáncer se las

había comido por completo.

No cuentan las crónicas si los emisarios llegaron a ser ejecutados. Se supone que no, porque en aquel mismo día murió el monarca, y fue enterrado pomposamente por su sucesor en el hoyo de un estercolero.

Sic transit gloria mundi.

ADOLFO CLAVARANA.

SER FELIZ.....

ESO ES SOÑAR.

Ha dicho un poeta:

Hijo del hombre, vivir
Es lo mismo que llorar;
Dar tregua al llanto es dormir;
Ser feliz.... eso es soñar.

El poeta estaba en lo cierto; la vida es un continuo sufrimiento, porque es un camino que se hace cuesta arriba por una senda erizada de abrojos. Empeñarse en llegar de un salto al término de la jornada ó dar en la maná de hallar la paz en las estaciones del tránsito es una necedad.

Sin embargo, no hemos de negar que los viajes pueden hacerse de muchas maneras. Y aquí es donde la filosofía humana a semejanza del ingenioso hidalgo pasa las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio discurrendo la manera de hallar tres pies al gato.

Para el camino, dinero, dicen unos.

Buen vino y jamon, contestan otros.

Y una escopeta de dos cañones, añade un tercero.

En efecto, todo esto es conveniente para un viaje, pero vamos a suponerlo tan indispensable que no pueda sustituirse con ventaja?

Sin comer no se puede viajar, claro está, pero en vez de jamon, cave llevar en la alforjas pan y queso, ó quizá un puñado de aceitunas que con salud y apetito hacen mejor estómago que un par de perdices con inapetencia y eruptos agrios.

Sin dinero es difícil llegar a casa en tren espreso; pero ahí tienen ustedes

un ingles que se ha propuesto dar la vuelta al mundo en bicicleta, sin llevar un céntimo en el bolsillo y lo consigue.

Por último, la necesidad de defenderse aconseja a veces echar un revolver entre los calcetines al tiempo de hacer la maleta; pero ¿me negarán ustedes que la prudencia ha sido casi siempre un arma defensiva más eficaz que los aceros de Albacete?

Rusulta pues, que el viaje de la vida, como todos los viajes puede hacerse de varias maneras; y que es más sabio aquel que adopta la que más le conviene.

Pero ¿donde hallar un maestro que nos de lecciones acerca de la materia?

En el Patriarca San José.

Que San José fue modelo de viadores lo prueba el que el Padre Eterno le confió a su Hijo único para que le guiase en las primeras jornadas de su peregrinacion terrena.

Miradle, jefe de la familia más perfecta que ha habido y habrá, con el báculo en la mano, el rostro tostado por el sol, serena la mirada, y marchando siempre con la confianza puesta en la Providencia divina y las manos en el cumplimiento de



sus deberes.

San José fue cabeza de familia, necesitó recursos y los buscó en el trabajo.

San José fue hombre atribulado, necesitó consuelos y los buscó en el seno del hogar.

San José fue viador perseguido, necesitó defenderse y cómo lo hizo? Con las armas de la prudencia.

Pero el mundo tiene hoy otros modelos de sport.

Viajeros que llenan la bolsa a todo trance cueste lo que cueste, creyendo que con dinero todo se allana.

Viajeros que, interpretando torcidamente aquel refrán que dice: «Con pan

y con vino, bien se anda el camino.» Llenan la alforja con el pan de todos los placeres y el vino de todas las sensualidades, sin tener en cuenta que el placer se ha hecho para sostener la vida y no la vida para agotar el placer.

Y viandantes cobardes que creyendo ineludible armarse de punta en blanco para ponerse en marcha, buscan en el arsenal de la política la espada de la influencia, que suele servirles lo que á Bernardo la suya, para defender lo que más les interesa, que es la paz de su corazón.

El Apostol San Juan, vió que todo lo que había en el mundo era concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida: ó lo que es lo mismo; afán de enriquecerse, ansia de gozar y fiebre de mandar.

Se conoce que el Apostol había estudiado bien las constelaciones de la miseria humana desde el observatorio donde pasó la noche de la cena. Desde allí debió ver toda la estupidez de la raza de Adán empeñada como vulgarmente se dice, en tomar el rábano por las hojas.

Dios dió al hombre medios para llegar su fin; la felicidad. Pero la felicidad está en el fin, no está en los medios. El hombre que en vez de usarlos abusa de ellos, no la alcanza; le pasa lo que le pasaria al que, para salir de su casa en una noche de frio, se echase encima un millar de capas; caería aplastado antes de llegar á la puerta.

Las grandes riquezas, el abuso de los placeres, la fiebre de dominar, son fardos pesadísimos que aplastan al hombre en vez de ayudarle á conseguir su fin.

La concupiscencia no es más que una locura que en vez de conducirnos á la felicidad, nos conduce al manicomio.

Cuando no nos lleva al infierno.

En una sola sola noche se han suicidado en Madrid cuatro individuos.

¿Qué mayor prueba de que los hombres vamos perdiendo la chaveta por empeñarnos en hallar en este mundo lo que solo se encuentra en el otro?

ADOLFO CLAVARANA.

VARIEDADES

EL GIRASOL.

Tres flores de un vergel,

Las mas hermosas,

Rosa, nardo, clavel,

Presuntuosas

Preguntaban con ansia á sus señores

Cuál fuese la mejor entre las flores.

Quién responde *el jazmin,*

Quién *la violeta,*

Quién *la rosa,* y en fin,

Para completa

Variedad de sentir en el concurso.

No faltó quien les hizo este discurso:

"Prefiero el Girasol

Gallardo y recto;

El amante del sol,

El más perfecto.

Que, con virtud ajena de una planta,

A la altura de un hombre se levanta.

¿No le veis con qué afán.

A toda hora;

Sigue al regio galán

A quien adora.

Y reverente la cabeza inclina

Desde que ve su lumbre matutina?

Vosotras, al revés.

Del bajo suelo

No levantáis dos pies;

Y mustio duelo

Os abate y enoja entre desmayos,

Cuando derrama el sol ardientes rayos.

Por eso con rigor

Y ceño os trata,

Las galas y el primor

os arrebatá;

Y vuestro cáliz, que el arena encierra

A la tarde ¡infeliz! ya está por tierra."

—"Hermanas: es verdad!

Mas no os asombre;

Que igual calamidad

Sucede al hombre."—

(La Rosa dijo), y terminó la escena.

Con aquesta lección de moral llena:

El mísero mortal

Que á Dios no mira,

En abismo de mal

Al fin espira;

Más del justo que vive en su PRE-

(SENCIA,

Recta, noble y feliz es la existencia.

Cayetano Fernandez

Las Jóvenes obreras

El cuidado que los padres han de emplear en la colocacion de sus hijas en los talleres, ha de ser de lo mas exquisito. Eviten colocarlas donde se tengan á menos los principios religiosos. La sana moral y las buenas costumbres: rechacen los talleres en los cuales hayan de mezclarse con individuos del otro sexo, y procuren, con preferencia á todo, darles un trabajo que puedan desempeñar en su propia casa. Así, la joven bien educada é instruida en el santo temor de Dios, no perderá ninguna de sus virtudes, y será la gloria de los que le dieron el ser.

El industrialismo uno de los males mas

trascendentales de la época presente es un arma de varios filos que ha venido á herir á la sociedad cristiana en casi todos sus intereses. No solo ha acaparado los capitales acaparando el trabajo y centralizandolo en pocas manos, si no que obliga á los obreros á reunirse en gran número lo cual trae fatales consecuencias. Y si fatales son para los obreros ¿cuánto más no lo serán para las obreras? El diablo sabe mucho y se vale de todo para conseguir sus fines. Necesario es á las familias cristianas vivir alerta y procurar siempre *hacer hogar* aislando en cuanto sea posible á sus hijos para salvarles del contagio que todo lo invade.

BIBLIOGRAFIA

OBRAS AMENAS DEL P. VICTOR VAN-TRICHT, de la Compañía de Jesús. La redaccion de «El Mensajero del Sagrado Corazon de Jesús» (Bilbao), ha comenzado á publicar en tomitos, elegantemente impresos, las célebres Conferencias familiares del P. Van Tricht que son un prodigio de arte. Van publicadas *La Ilusion* y *La Libertad*. Cuanto se diga es poco para recomendar estos preciosos opúsculos. Precio 0'55 céntimos de peseta.

LA EUROPA SALVAJE, exploraciones al interior de la misma, por el mismo, (Saj). Un tomo en rústica artísticamente ilustrado, 3 pesetas. Tambien esta preciosísima obra que, comenzada á leer no se puede dejar de la mano, procede del mismo centro editorial de *El Mensajero* que cada dia enriquece su biblioteca de propaganda con nuevas joyas literarias. Obras como esta deben darse a leer á todo el mundo, porque agradan y enseñan. Deber es de los católicos difundir estos libros. ¡Oh! si se supiera el efecto que un libro hace de las almas, ¡cuánta más importancia se daría á la obra de caridad que pudiéramos llamar de *la literatura* y que comprende no una, sino tres obras de misericordia: *enseñar al que no sabe; dar buen consejo al que lo ha de menester; y corregir al que yerra.*

LA LECTURA POPULAR

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones cuartos y octavos de accion.

Cada accion dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Por medio de correspondal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Catolica*, Bolsa 10. y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.